

dre quedaria llena de las gracias y bendiciones del cielo y que por toda la eternidad la tendria él á su lado como la prenda mas preciosa del mundo y el honor del cielo y de la tierra.

VII. ¡Cómo me congratulo con el glorioso S. Epifanio (1) por haber sacado el pronóstico de tantos beneficios como nos han venido por la madre de Dios, del nombre mismo de esta, que equivale á esperanza, porque en ella despues de su hijo se fundaba toda la esperanza que podiamos tener de nuestra reparacion! Y si los antiguos recibian mas propiciamente la fortuna que llamaban de retorno, la cual habia sido agitada de la borrasca de algun contratiempo, que aquella que habia ido siempre viento en popa y á medida del deseo; ¿qué deberemos de sentir de nuestra fortuna renaciente y de nuestra condicion mejorada por sus propios trastornos? Pero ¿qué recibimiento convendria hacer á aquella que tan acertadamente gobernó esta fortuna y condujo al puerto de gracia y de gloria nuestra pobre nave, la cual esperaba á cada paso ser azotada por algun viento ó tragada por algun remolino? Esa navecilla llevará siempre en lo mas alto de la proa la imágen de la que la salvó, como si fuera la de alguna deidad tutelar, y publicará las obligaciones que le tiene por haberla librado de un peligroso naufragio inevitable y haberla restituido sana y salva al puerto de salud. Cuantos hayan arribado á él, pregonarán siempre sus excelencias y grandezas y pagarán tantos beneficios con un perpetuo agradecimiento (2).

(1) Serm. de S. Deipara.

(2) Adicion de la M. Maria J. de Blemur.—«Maria, tú eres nuestra esperanza. Por tí tenemos entrada á la presencia de tu

hijo: una dichosa experiencia atesta tu poder y misericordia: no ceses jamás de ser buena, para que nosotros dejemos de ser desgraciados.»

SEXTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO VII.

QUE ES LA GOBERNADORA DE LA IGLESIA.

No podia el apóstol S. Pedro escoger un nombre mas á propósito que el que dió á los hijos de la iglesia cuando los llamó sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisicion (1); porque si ha habido jamás un rey que haya conquistado su reino con la punta de la espada, ha sido verdaderamente el Salvador, ese gran conquistador que no economizó ni su sangre, ni su vida, segun deciamos poco antes. Esto me obliga á profundizar mas en la consideracion de su reino, porque cuando un principe de tal mérito le compró á tan alto precio, no puede menos de ser muy excelente. Espero que el lector se holgará de ver á la reina que le ayudó á conquistar, ocupada en gobernarle con su hijo y esposo.

§. I.—De la calidad de rey espiritual y cabeza de la iglesia, segundo titulo del salvador de nuestras almas.

I. Aunque á primera vista parece que el reino de Salomon, que hemos tomado por una de las figuras mas in-

(1) Epist. I de S. Pedro, c. II.

signes del Salvador, fué puramente temporal; no obstante el que medite bien las palabras que dice de sí mismo en el libro de la Sabiduría (1), á saber, que Dios le hizo sentar en el trono para edificarle un templo; quien considere maduramente que aquel príncipe jóven no alegó otro motivo mas poderoso que ese para pedir á Dios la sabiduría; quien reflexione sobre la gran paz y felicidad de que se gozó en su reinado, y sobre las infinitas riquezas que tuvo á su disposicion, creo se persuadirá fácilmente á que el fin de ese reino fué mas espiritual que temporal y que el designio de Dios no se limitó á la cumbre del monte Moria, ni aun á la Palestina, sino que aquel templo figuró un edificio espiritual, á saber, la iglesia del Salvador. De ninguna manera puede comprobarse esto mejor que cotejando las medidas del uno con las del otro.

Fin del templo.

II. Nueve cosas principalmente hicieron recomendable el antiguo templo de Salomon, las cuales se encuentran en grado muy eminente en la iglesia de Dios, es decir, en el reino espiritual del Redentor. La primera es el fin expresado por el mismo Salomon en el capítulo II del libro segundo del Paralipomenon en estos términos: «Porque la casa que he de labrar, ha de ser grande, por cuanto el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses. ¿Quién pues habrá tan poderoso, que pueda edificarle casa digna de él?» Es verdad que no puede tenerse un fin mas excelente que ese; pero la iglesia llega á él mucho mas decididamente y con medios mas altos que la antigua sinagoga.

(1) Sab., cap. IX.

El autor del templo.

III. La segunda es su autor, porque á mas del plan que Dios dió, dos príncipes incomparables emplearon toda la diligencia é industria con que los habia favorecido el cielo. Y aunque David trazó los planes y aprestó los materiales, la gloria de la fábrica se atribuye especialmente á su hijo Salomon por las razones referidas en el libro segundo de los Reyes y el primero del Paralipomenon, y en particular porque siendo David un príncipe guerrero y dado al ejercicio de las armas, debia de procurar mas bien dejar un reino tranquilo á su hijo que gozar plenamente de la paz conquistada. Por lo demás ¿qué proporcion puede haber entre David y Salomon por una parte y el Padre eterno y su amado hijo por la otra, que son los únicos fundadores de la iglesia, de la cual podemos decir en verdad con el mismo David que el Altísimo echó sus fundamentos? Bien es cierto que aunque Dios padre tuvo abeterno en su mente la idea de esta pieza acabada, con todo porque era el Dios de los ejércitos y estaba ocupado en reducir á un pueblo rebelde, cedió de buena gana el honor de este noble designio al príncipe de paz su amado hijo Jesus.

Grandeza del templo.

IV. La tercera es la grandeza, la cual comprende primero su extension, comparada muchas veces en la Escritura con una ciudad, despues el número y diversidad de oficios, corredores, atrios, muros y compartimientos que habia en él, y la muchedumbre de los ministros, que subian á veces á setecientos ú ochocientos. Mas cuando fijo la vista en la iglesia cristiana, aquella antigua fábrica no me parece otra cosa que un chocil. Bien lo conocia el pro-

feta Baruch, cuando hablaba á la iglesia bajo el nombre de Israel en estos términos: «Oh Israel, ¡cuán grande es la casa de Dios y cuán espacioso el lugar de su posesion! Grande es y no tiene fin (1).» Contemplándola Isaías oía á los hijos de la estéril Raquel, es decir, de la iglesia, quejarse de estar aposentados con estrechez; y en otro lugar dice: «Ensancha el sitio de tu tienda y extiende las pieles de tus pabellones; no seas escasa: haz largas tus cuerdas y refuerza tus estacas, porque te extenderás á la derecha y á la izquierda (2);» ó segun se expresa en otro lugar, vendrán los pueblos del oriente y del poniente, del norte y del mediodia. El profeta Zacarías veía con el mismo espíritu que las murallas de Jerusalem caian por tierra para recibir á los habitantes sin número que se presentaban (3). S. Juan consideraba al ángel del Señor derramando su copa sobre el rio Eufrates para dejarle en seco á fin de dar paso á los reyes que habian de ir á conquistar las naciones extranjeras. En cuanto al número de los oficiales y ministros del estado espiritual del Salvador no se necesita mas que tener ojos para juzgar que exceden incomparablemente á los otros é igualan en cierto modo á las estrellas del firmamento.

Fortaleza del templo.

V. La cuarta es la fortaleza de este templo, que parecia desafiar el tiempo y haber de ser eterno; por cuya causa le comparaba David al unicornio, que se hace terrible á todos los animales de la tierra (4). No obstante esto no era nada en comparacion de la iglesia, representada por el cuarto reino de Daniel (5), el cual

(1) Baruch., c. III.
(2) Isai., LXIV.
(3) Zachar., II.

(4) Salmo LXXVII.
(5) Dan. II.

debía de derribar todos los demás, por el cetro de hierro de David que se hizo para abatir á todas las naciones de la tierra, y por la piedra del Evangelio (1), contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno.

Altura del templo.

VI. La quinta es la altura, porque estaba sentado sobre la cumbre de dos montes altos; por cuya causa los extranjeros llamaban al Dios de Israel el Dios de los montes (2). Mas cuando el profeta Isaías contempla la iglesia católica, la ve sobre un monte tan elevado, que tiene sus raíces sobre la cumbre de los montes mas altos (3): tanto es lo que se eleva sobre la sinagoga y sobre cuanto ha habido de grande y eminente.

Hermosura del templo.

VII. La sexta es su hermosura singular, ya se le considere por fuera, ya por dentro. Esta hermosura hacia que David suspirase de continuo por la santa Sion y se contentase con la única dicha de ver la casa de Dios. La llamo sin igual, cuando se compara con cualquier otra que no sea la magnífica ciudad labrada de oro y piedras preciosas, que vió S. Juan bajar del cielo á la tierra (4), porque cuando se llega á este punto, hay que confesar que aquel templo que la figuraba, pierde su lustre y esplendor y no es nada puesto en parangon con tal portento de hermosura.

(1) Math., XVI.
(2) III Reg., XX.

(3) Isai., II.
(4) Apocal., XX.

Riquezas del templo.

VIII. La séptima son sus riquezas inestimables para quien no ha leído y considerado lo que se dice de él en diversos lugares de las santas escrituras; pero tenga el lector un poco de paciencia, que en el capítulo X haré ver que el oro y la plata de Salomon no valian nada en comparacion de los inagotables tesoros del reino espiritual del Mesías.

Santidad del templo.

IX. La octava es su santidad, en razon de la cual se llama el santo de los santos, y no solamente se da este nombre al templo, sino á todos los contornos, como dice el profeta Ezequiel (1). No obstante tanta proporcion como hay entre la figura y la verdad, la sombra y la luz, la tierra y el cielo, otra tanta y no mas hay entre la santidad del antiguo templo y la de la iglesia de Dios, que es santa y mil veces santa en la persona del que la fundó, en sus sacramentos, y especialmente en el augusto del altar, en sus ministros, en sus costumbres y en todo el pueblo cristiano, en cuanto es el cuerpo místico del Salvador.

Gloria del templo.

X. La última es su gloria y fama, la cual se difundió de tal suerte por todas partes, que los mismos paganos le tenian por el edificio mas soberbio del mundo, siendo así que en lo demás formaban una idea muy baja del

(1) Ezeq., XXVIII.

pueblo judío. Pero oigo al profeta Isaías, el cual promete al nuevo pueblo de Dios que será el honor y la maravilla de los siglos futuros (1); y al profeta Aggeo (2), quien afirma que la gloria de la segunda casa, que es la iglesia, será muy diferente de la de la primera, todo para honra y gloria del gran rey Jesus, principe de este estado espiritual erigido para la felicidad eterna de los escogidos.

XI. No teniendo todo este discurso otro fin que el de hacer ver sucintamente de qué reino es reina la esposa sin par, se trata ahora de averiguar el honor que recibe y el poder que tiene en él con grandísima ventaja de todos los vasallos del rey del cielo y suyos. Diremos algo en lo restante de este capítulo.

§. II.—Que la Virgen santísima es verdaderamente la gobernadora de la iglesia.

I. Jorge Codin, diligente historiador del imperio griego, que muchos juzgan haber sido apellidado Curopalato á causa del oficio que desempeñaba en el palacio imperial, refiere una costumbre notable que se observaba en la corte de Constantinopla (5). Dice que acabada la comida entraban dos oficiales en la sala y el emperador se ponía en pie sosteniéndole dos pajes para ejecutar respetuosamente la siguiente ceremonia. Uno de los oficiales llevaba vino en una taza de oro con una servilleta y el otro tenia en la mano un plato del mismo metal con un pedazo de pan, que llamaban panagia. En cuanto se presentaban, hacian una profunda reverencia al emperador, el cual por su parte se inclinaba ante aquel manjar misterioso, y todos los asistentes gritaban en un mismo tono: *Panagia, panagia*. Entonces el oficial que llevaba el

(1) Isai., LX.

(2) Agg., II.

(3) En el cap. VII citamos

ya este hecho con referencia á la madre Maria J. de Blemur.

pan, le ponía en manos del escudero, quien le daba al mayordomo mayor para presentarle al emperador: este le tomaba y comía con respeto, bebía un sorbo de vino y despedía al mayordomo mayor y á los que le acompañaban, deseándoles largos años de vida como ellos habían hecho antes. Diversos autores han indagado diligentemente el origen de esta costumbre, y me parece que uno moderno le ha hallado en el libro que se intitula *Reloj de los griegos* (1). Allí se dice que esa costumbre se derivaba de los apóstoles, los cuales despues de la muerte del Salvador, ya comiesen juntos, ya cada uno de por sí, dejaban siempre vacío el puesto mas honroso con un cojin y un cubierto en memoria de su buen maestro, con quien habian comido y bebido tantas veces; y al fin de la comida repartian el pan entre sí cantando estas palabras: «Gloria sea á tí, nuestro Dios; gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Grande es el nombre de la santísima Trinidad: Señor Jesus, ayúdanos. Desde Pascua hasta Pentecostés en lugar de las palabras: Grande es el nombre de la santísima Trinidad; decían: Cristo resucitó. Sucedió pues que habiéndose trasladado á Jerusalem para asistir al tránsito y funeral de su buena madre la virgen María, cuando volvieron de Getsemaní á los tres dias de la muerte de aquella, como hubiesen empezado ya la acostumbrada ceremonia despues de la comida, se apareció en el aire la Virgen rodeada de luz y gloria; lo cual les causó no menos alegría que admiración, de suerte que en vez de las palabras que decían en su hacimiento de gracias ordinario, exclamaron: *Panagia Deipara, adjuva nos*; es decir, madre de Dios toda santa, ayúdanos. A lo cual respondió María con semblante lleno de bondad y majestad: Yo estoy con vos-

(1) Gretser., comment. in Codinum., c. 2.

otros todos los dias. Oh santa señora, nosotros recibimos con las manos juntas y el corazón agradecido esas palabras de buen agüero, y esperamos coger de esa grata promesa frutos de admirable dulzura.

II. En verdad era una cosa congruente que habiendo sido coronada la virgen María reina del cielo y de la tierra y reconocida por señora y soberana en todo el reino de su hijo, diera parte de esta buena nueva á los santos apóstoles antes que á nadie, especialmente cuando su amado Jesus no se habia desdeñado de hacerles la misma merced. Con efecto el evangelista S. Mateo nos dice que estando el Salvador para subir al cielo, les aseguró que habia recibido plena potestad de su padre y les prometió que estaria con ellos y sus sucesores hasta el fin del mundo; en lo cual hallo un motivo de grandísimo consuelo para los hijos de la madre de Dios en particular y para toda la iglesia en general, y es que la Virgen quiso valerse de las mismas palabras de su hijo y con el mismo tenor les prometió su auxilio y asistencia para toda la duración de los tiempos. Y así debía de hacerlo, porque el reino de su hijo y el suyo es el mismo, los vasallos los mismos y el poder el mismo, aunque pertenece al hijo por derecho de naturaleza y á la madre por gracia del hijo. Pero salvo esta diferencia, la voluntad del rey de la gloria es que su madre tenga la superintendencia absoluta de su reino, que disponga con él de sus vasallos, que nombre todos sus oficiales, que vele sobre su comportamiento, que firme las gracias y mercedes, que dé leyes y estatutos, en una palabra que haga todos los ministerios de reina y gobernadora con él. Por estas razones la he llamado gobernadora de la iglesia que es el reino espiritual del Salvador.

III. Y si no que se me diga por qué la misma iglesia habia de darle el glorioso título de reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los

mártires, de los confesores y de las vírgenes, pues el decir que esos elogios solamente se le tributan porque excede á los ángeles en pureza, á los patriarcas en perseverancia, á los profetas en conocimiento, á los apóstoles en santidad, á los mártires en valor, á los confesores en paciencia y á las vírgenes en castidad, es rebajar demasiado el honor de María santísima. Por mi parte nunca me persuadiré á que el nombre tan magnífico de reina no signifique mas que una simple excelencia sin poder ni dominio, especialmente siendo dado á la madre de Dios; porque me parece que esta idea no sería honrosa ni para ella, ni para su hijo. Así digamos claramente que se llama la reina de los ángeles, porque dispone de ellos con entera potestad para bien de los hijos de Dios: que se llama la reina de los patriarcas, porque todos los de la ley antigua eran como los escalones de su grandeza, y los de la nueva son otras tantas criaturas que ella promueve á los empleos y al gobierno del estado de su hijo: que se dice la reina de los profetas, porque sirvió de asunto á los antiguos y de directora á los nuevos: que lleva el título de reina de los apóstoles por haber sido la regente del sacro colegio y la maestra de la iglesia primitiva: que se le da el nombre de reina de los mártires por las ocasiones de derramar su sangre que les proporciona, y por el valor que les infunde para sufrir la muerte: que es la reina de los confesores á causa de la longanimidad que impetrá para ellos, y del glorioso empleo con que honra su confesion: que tiene no solo la calidad, sino los efectos de reina de las vírgenes, porque las convida á seguirla y tiene particularísimo cuidado de su castidad.

IV. El ángel que instruía á santa Brigida, le dijo un día que no sin motivo se habia quedado en la tierra la Virgen santísima cuando el Salvador voló al cielo, porque la calidad que ella llevaba, la obligaba á hacer aquí alguna mansion para ser la regente de los apóstoles, la

consoladora de los mártires, la maestra de los confesores, el espejo de las vírgenes, el amparo de las viudas, la consejera de las casadas, en una palabra el asilo comun de toda la iglesia, el apoyo y columna de la fe. En todo el tiempo que sobrevivió á su hijo, dice el ángel, declaró particularmente á los santos apóstoles los misterios de la encarnacion, de la infancia, de la adolescencia y de la edad viril del Salvador. Alentó á los mártires poniéndoles á la vista el ejemplo que su hijo les habia dejado, y lo que ella misma habia padecido por espacio de treinta y tres años con él. Los confesores aprendieron de ella el método que habian de guardar en sus abstinencias y oraciones, en su retiro y en su trato. Las vírgenes fueron enseñadas á amar el silencio y retraimiento, á aficionarse á la piedad y á huir igualmente de la ociosidad y la vanidad. A las viudas las consoló con sus bondadosas palabras y mucho mas con los ejemplos de admirable paciencia que dió tanto en la muerte de su hijo, como en sus propias contradicciones, desprecios y otras penalidades. Así la tenemos ocupada como una buena madre en proveer de todo lo necesario á sus queridos hijos. Así podemos decir de ella con toda verdad lo que se refiere de la mujer fuerte en el capítulo último de los Proverbios segun la version de los Setenta: que su esposo, aunque esté ausente de la casa, no tiene ningun cuidado de lo que pasa en ella, porque sabe muy bien que su prudente y caritativa esposa no permitirá que falte nada á sus criados. Así entendieron muchos santos padres lo que se dice en el Evangelio de la tardanza del esposo (1), y le explicaron del tiempo que ha de pasar desde la Ascension hasta el juicio final, durante cuyo tiempo su castísima y diligentísima esposa gobierna la casa con una pro-

(1) Math., XXV.

videncia y bondad incomparable. Verdaderamente es singular dicha para la iglesia tener una reina tan sabia y una madre tan bondadosa; pero espero que lo conoceremos aun mejor por los efectos que por las palabras.

§. III.—Del cuidado que la madre de Dios tuvo del sostenimiento y propagacion de la fé.

I. La verdadera fé y la recta creencia es en la iglesia, reino espiritual de Jesucristo, lo que la ley fundamental en un estado temporal; por lo cual no es maravilla que la Virgen haya tenido en todo tiempo un cuidado particularísimo de mantener y propagar la fé. Con efecto pasando en silencio lo que hizo despues de la muerte de su hijo, ¿quién podría declarar de cuántas maneras trabajó para afirmar la doctrina católica y dilatar el imperio de Jesucristo despues que fué ensalzada al cielo? Tampoco hablaré del cuidado que ha tenido siempre de los prelados y pastores, que son los padres de la iglesia y de quienes depende principalmente el buen estado de la religion: eso quedará para el párrafo siguiente. Aquí solo diré de paso lo que cuenta S. Gregorio Niseno en la vida de san Gregorio Taumaturgo; á saber, que un dia se apareció á este la madre de Dios acompañada de S. Juan evangelista que estaba revestido de pontifical, y le mandó explicar á su amigo Gregorio el misterio de la santísima Trinidad. El apóstol desempeñó tan dignamente su encargo, que en cuanto se retiró, puso S. Gregorio por escrito todo lo que habia oido; por cuyo medio preservó de errar á su iglesia de Neocesarea, dejándole escrita de su propia mano la creencia que habia de tener. Así no me parece extraño que S. Basilio se precie tanto de haber mamado con la leche la fé que santa Marina, su abuela y nodriza espiritual, habia aprendido de boca del mismo S. Gregorio; al contrario lo venero con todo mi corazon, atento á que la misma creencia se profesó despues en

el quinto concilio general de la manera que la tenemos aun en los escritos de S. Gregorio de Neocesarea, y es indecible el provecho que ha producido en la iglesia de Dios hace tantos siglos.

La Virgen santísima tiene cuidado de proveer á la iglesia de buenos predicadores.

II. ¿Quién no sabe de cuánta importancia son los buenos predicadores para dilatar el reino de Jesucristo, radicar la fé donde se halla ya establecida, avivarla donde está apagada, y hacerla recibir donde no se ha publicado todavía? Porque la fé entra por el oido, y los predicadores son los que la llevan á los oidos de los fieles y de los infieles. Yo pudiera decir que cuantos han venido en socorro de la iglesia, han sido otros tantos comisionados de la madre de Dios, la cual ha cuidado así de asistirlos con sus gracias como de disponerlos para tal ministerio; pero dejando á un lado esta generalidad, ¿quién no ha oido decir que ella dió al mundo la esclarecida orden de predicadores? ¿Quién no sabe de cuántas maneras los asistió en sus principios, para que hicieran frutos dignos de la madre amorosa en cuyo seno habian sido concebidos? Y para citar algunos ejemplos particulares, me acuerdo de lo que se lee en la vida de S. Pedro de Verona, mártir y religioso dominico, que habiéndole enviado á la Lombardia el papa Inocencio IV, antes religioso de la misma orden, para preservar á aquel pais de los herejes, que á manera de lobos rapaces le embestian con tanta agilidad como fiereza, encomendó fervientemente la empresa á la reina del cielo, de quien no dudaba que se la hubiese cometido. Cuando estaba en fervorosa oracion, oyó la voz de su buena madre, que le daba la misma seguridad que en otro tiempo el Salvador á S. Pedro, diciéndole: «Pedro, yo he pedido por tí, para que no flaquee